

## RACONTOS

Si hay algo en lo que parece existir un consenso generalizado es en la importancia del deporte. En discursos mil veces reiterados se nos recuerda que la práctica deportiva, junto con crear una juventud sana y alejada de los vicios, es formadora de disciplina e induce a la competencia, rasgo tan necesario para triunfar en la vida.

Así debe ser seguramente. Sin embargo, estimo que el gran mérito del deporte es el de proporcionar alegría a un pueblo como el nuestro, que es tan poco dado a expresar ese vital sentimiento.

El éxito de nuestra macroeconomía ha traído un explosivo consumismo para quienes se han beneficiado con él; pero, no obstante los bienes que se acumulan, no se advierte que provoquen alegría en quienes disfrutan de ellos. Por el contrario, el precio que se paga por el éxito es el agobiante estrés, el temor a ser sobrepasado por la competencia, la presión por seguir ganando y acumulando. Hay eficiencia y hasta tal vez íntima satisfacción, pero alegría no. Y otro tanto sucede con las grandes mayorías, aquellas que

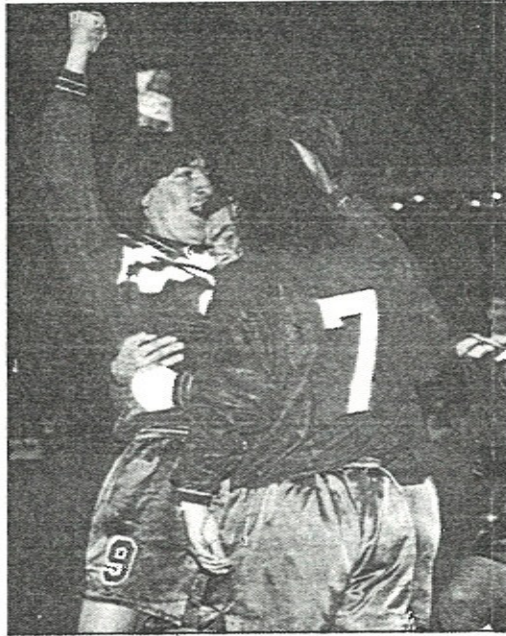
según la doctrina económica gozarán del "chorreo" de las riquezas de los de arriba. Cuando algunos de ellos con ahorro y esfuerzo tienen la alegría de cumplir con el sueño de la casa sólida y digna, a la primera lluvia la alegría inicial se transforma en frustración y rabia, al comprobar que las casas se deshacen como castillos de arena.

Para un pueblo triste como el nuestro, la mejor promesa electoral que se le pudo hacer fue cuando le dijeron "la alegría ya viene" y, efectivamente, con el triunfo del No, el regreso a la democracia -imperfecta, protegida y pródiga en enclaves dictatoriales- significó una verdadera eclosión de alegría, pero duró poco.

¿Dónde encontrar, entonces, auténtica demostración de alegría? ¿Cómo dar paso a ese sentimiento que hincha los corazones, que hace saltar de alborozo, que hace olvidar miserias y tristezas, frustraciones y

## La alegría del gol

2-7-97



**No nos quejemos del fútbol. Si ni los políticos ni los empresarios han sido capaces de proporcionarnos un destello de alegría, es culpa de ellos.**

desesperanzas?

Para hallarla tenemos que volver al deporte y al más popular de ellos: el fútbol.

Cuando 22 hombres han estado jugando con el único objetivo de batir la valla rival y uno de ellos lo consigue, los espectadores en el estadio o frente al aparato de televisión tienen la ocasión de ver la mayor y más auténtica demostración de alegría. Esas pirámides humanas que se forman sobre el jugador que marcó el gol, esos abrazos y besos que unos a otros se dan, ese jugador que corre por

la cancha para caer arrodillado mientras sus compañeros se abalanzan sobre él, aquel que se trepa por las rejas de protección y muestra la camiseta a la barra que lo aplaude, ese morenito con pinta de mapuche que pone la cabeza en el momento preciso para vulnerar el arco rival y cuya habilidad se cotiza en millones de

SERGIO VODANOVIC

dólares, hacen brotar la reprimida alegría de millares de personas, que reciben todo eso como el maná en el desierto, y que después saldrán a las calles a gritar, a bailar, a hacer sonar la bocina de los autos.

Los hombres doctos y serios suelen criticar el que nuestro país se haya futbolizado y que los medios de comunicación den cada día mayor espacio al fútbol, en desmedro de los grandes problemas nacionales. ¿Y cómo no van a hacerlo, cómo no nos vamos a futbolizar si el gol es lo único que hoy en día proporciona alegría generalizada?

Si en el mercado deportivo Ronaldo vale millones de dólares, si Zamorano y Salas se han convertido en héroes nacionales que enervizan a jóvenes y adultos, es porque son capaces de producir un bien cada vez más escaso en el mundo en que vivimos: la alegría.

No nos quejemos del fútbol. Si ni los políticos ni los empresarios han sido capaces de proporcionarnos un destello de alegría, es culpa de ellos. Los triunfos deportivos son lo único que nos reúne en un gran abrazo; las derrotas nos unen en nuestra decepción. Lástima que las últimas sean más que los primeros.